Puede ser un paisaje

Carlota Fernández-Jáuregui Rojas

PUEDE SER UN PAISAJE

Puede ser un paisaje –deslumbrado
de luz ajena– lo que habita
nuestro interior. O puede ser que a nada
podamos llamar nuestro.

Volver los ojos hacia dentro, olvido
es tan profundo que hallas una estancia
de la que sentirás que acaba de irse
quien nunca estuvo en ella.

(*Lira secreta*, 1980-1984)

El poema de Ángel Crespo, «Puede ser un paisaje», forma parte del libro *Lira secreta* aparecido en *El ave en su aire*, que puede encontrarse en el tercer tomo de sus *Obras completas*[1]. Trataré de desarrollar una posible lectura de este poema a partir de un elemento muy concreto, que tiene a su vez un valor capital en la obra de Ángel Crespo, y es el de la indeterminación.

La indeterminación en su escritura no puede entenderse sin la imagen que crea el poeta entre el deseo y lo deseado, de la que no podríamos decir si lo deseado es fruto del deseo, o el deseo de lo deseado. Algo similar se plantea el lector de la *Vita nuova*, cuando dudamos si lo que ve Dante en su amada no será reflejo de sus propios ojos. Esta indeterminación tiene que ver con tres elementos que definen las imágenes de Ángel Crespo: la procedencia, la

[1] Ángel Crespo: *Lira secreta* (1980-1984) en *El ave en su aire* (1978-1984), *Poesía*, 3, ed. Pilar Gómez Bedate y Antonio Piedra, Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 1996, p. 63.

pertenencia y el destino. Pensemos ahora en la imagen del ave en *su* aire. Y marco el *su* porque esa pertenencia es un índice extendido que señala su procedencia y al que está irrevocablemente destinado. Así como la amada existe en los ojos del amado, la forma del pájaro es su aire, y nosotros somos un paisaje en suspensión de quien lo contempla. Esta relación está presente en los poemas de Crespo y provoca la certidumbre de que la escritura no es nunca una opción entre otras pues, como sucede entre el deseo y lo deseado, o el ave y su aire, la indeterminación crea la necesidad.

El estado de indeterminación al que nos lleva «Puede ser un paisaje» se encuentra entre la afirmación y la negación. Lo que pertenece a los poemas de Ángel Crespo no puede encontrarse en uno u otro lugar, está siempre suspendido en su propia disposición, en un tercer elemento inmaterial que no ha llegado ni se ha ido. Esa tercera ausencia es la forma de lo informe, como el pájaro lo es del aire. Recordemos los últimos versos: «hallas una estancia / de la que sentirás que acaba de irse / quien nunca estuvo en ella». ¿Cómo puede resolverse este enigma, quién puede irse sin haber venido, qué ser puede dejar de ser antes de haber sido? Aquello que se ha ido antes de haber llegado no puede ser sino el olvido. La memoria, la verdad y el ser ocupan un lugar, pero ¿qué lugar ocupa el olvido? Precipitemos una posible respuesta: la novedad es el lugar que ocupa el olvido, el lugar al que el olvido va a parar, pues la pérdida es siempre irrepetible, siempre nueva. Y esta novedad reside para Ángel Crespo en aquello que no tiene nombre, aquella forma que se escapa a la llamada de la determinación, y que es uno de los motivos más recurrentes de su poesía.

Como sucede en toda forma enigmática, este poema provoca la parálisis ante la disyunción entre dos elementos o caminos parecidos, residiendo la clave de esta indeterminación en la ausencia del no llegar semejante a la ausencia del haberse ido: si, por un lado, tal como el propio poeta indica en la lectura de poemas que se reproduce en *Deseo de no olvidar*, «Puede ser un paisaje» pertenece a la fase reflexiva de una evolución que comienza en el anochecer, prosigue con la noche y acaba en el amanecer[2] –constituyendo *El*

[2] Ángel Crespo: *Deseo de no olvidar*, presentación de Pilar Gómez Bedate, epílogo de Soledad González Ródenas, edición al cuidado de Pilar Gómez Bedate y Jordi Doce, Círculo de Bellas Artes y Fundación Jorge Guillén, Madrid, 2012.

ave en su aire un viaje poético de conocimiento hacia la luz, como es el viaje de Parménides *eis phaós,* o el paso hacia la inefable *troppa luce* de Dante–, la luz supondría aquí memoria y verdad y la luz no sería, por tanto, sino deseo de no olvidar. La memoria, que se figura desde la retórica clásica como un paisaje, se recorre a través de imágenes que casi pueden tocarse con los dedos a medida que la luz impregna los recuerdos. Sin embargo, como escribe Fernando Pessoa en su *Libro del desasosiego*, «Todo paisaje / no / está en parte ninguna»[3], pues la verdad de algo es la verdad de algo otro, como es nuestro interior una «luz ajena», visión de un paisaje que otro contempla, nada que «podamos llamar nuestro». Se desvela a la verdad cuando se la recuerda, es decir, cuando se la despierta pero, frente a ese desvelamiento desde el exterior, Crespo convoca la inmersión en el propio paisaje, que no es sino paisaje de olvido. Y es ahí donde puede encontrarse la verdad, en su olvido o sueño profundo, una estancia abandonada de aquello que no podemos recordar, interior ciego y entrega absoluta de una verdad contemplada desde sí misma. «Ahora empiezo a aprender, porque *ya* he olvidado»[4], escribe el poeta en sus Memorias, y es que sólo en el olvido se alcanza la verdad y el camino hacia la luz de *El ave en su aire* es el camino hacia la noche del olvido, hacia lo desconocido, hacia la verdad contemplada desde sí misma, una verdad en la que estamos sumidos como lo está el ave en su aire, ave levado en su olvido. Aquello en lo que estamos sumidos es aquello que no tiene nombre, y en esa nada se zambulle el paisaje de Ángel Crespo. Su memoria despliega las alas y se extiende más allá de su forma, pues ignora todo límite y surca todos los nombres. Todo es presente en el olvido.

El inicio adivinatorio apoderado en la forma «*puede ser... o puede ser*», que se pregunta por aquello que habita el interior del sujeto, abre dos vías en la disyunción. Ante la alternativa que ge-

---

[3] Fernando Pessoa: *Libro del desasosiego* de *Bernardo Soares,* fragmento 352, traducción del portugués, organización, introducción y notas de Ángel Crespo, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 285.

[4] Para esta relación, atendida también desde el plano etimológico a través del elemento *–leth–* fundamental en la filosofía de Heidegger, véase Harald Weinrich, *Leteo. Arte y crítica del olvido*, traducción de Carlos Fortea, Siruela, Madrid, 1999, pp. 20-21.

nera el olvido, es decir, que el olvido supone la desaparición de la existencia, o que sólo en el olvido las cosas llegan a ser, comprendemos que el poema se sitúa en la indeterminación entre los dos caminos, entre luz y oscuridad, memoria y olvido, pues *alétheia* y *l thē*[5] se trenzan en la forma ambigua de los últimos versos, que aflora en el enigma lógico entre la presencia y la ausencia simultánea de quien habita la estancia, afirmación y negación, deseo de no olvidar y olvido. Por ello, el olvido que alcanza Ángel Crespo no es una negación de una afirmación anterior, se trata de una privación anterior a cualquier creación, una epifanía apofática. No estamos hablando aquí de «ser cuando la roca ya no sea» que invoca el poema «La voluntad de perdurar»[6], sino de una roca que deja de ser roca antes de serlo, de aquello que deja de ser antes de llegar a ser, como sucede en «El círculo», también de *En medio del camino*: «La caída semilla que no fructificó, / la pluma / que jamás en el vuelo dios se hizo, / la tierra que jamás sostuvo erecto un árbol». Del mismo modo, acaba de irse quien nunca estuvo aquí, mediante unos versos que cierran aquello que no abren, negando lo negado. «Puede ser un paisaje» nos devuelve la nada que teníamos y no recordábamos, restituye un lugar irrecuperable por ilocalizable, una ausencia sin ausente. En definitiva, el paisaje de la memoria –olvido de sí en el otro– y la nada del olvido –olvido de sí en uno mismo– pasan por la indistinción de las dos vías mediante un olvido profundo, aquel elemento único que no tiene oposición: una nada de nada: una nada propia: una propia nada. Y esa propia nada, doble negación inexpresable por intransitable, es lo únicamente nuevo. «La nada: sólo que nunca se repite», leemos en el «Elogio de la nada» aparecido en *El bosque transparente*. Pues propio es el olvido, mismidad sin elemento opuesto que lo defina, desposeída propiedad de uno mismo. Sólo lo que se ha perdido es único, y sólo la pérdida llega a acontecer. El paisaje propio es el que se ha olvidado en la poesía de Ángel Crespo. El olvido es una novedad sin nombre. ©

---

[5] *Ibidem*, pág. 120.

[6] Ángel Crespo: *El arrepentido* en *El bosque transparente* (1971-1981), *Poesía*, 2, ed. Pilar Gómez Bedate y Antonio Piedra, Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 1996, p. 44.